

AMBIEN-TICO

Revista mensual del proyecto Actualidad Ambiental en Costa Rica

Dirección: Eduardo Mora • Montaje: Cecilia Redondo • Circulación: Enrique Arguedas

Escuela de Ciencias Ambientales • Universidad Nacional • Costa Rica

Apartado postal: 86-3000 • Email: emora@irazu.una.ac.cr

Contenido

Contradicciones, fuerza y mito del desarrollo sostenible. Su marco social y el papel de la Universidad. <i>Eduardo Mora C.</i>	1
Taller sobre rehabilitación y liberación de fauna silvestre 1995. Sinopsis. <i>Carlos Drews</i>	8
Comentario del libro de E. Mora: El duro oficio del sociólogo ambientalista. <i>Isabel Román</i>	11
¿Muerte a los ecologistas? <i>León González</i>	15
El suelo costarricense. Información básica. <i>Carlos Chacón et al.</i>	16

Contradicciones, fuerza y mito del desarrollo sostenible Su marco social y el papel de la universidad

Eduardo Mora Castellano

El concepto de desarrollo sostenible, detrás del que no hay una teoría sino sólo unas indicaciones estratégicas acerca de cómo continuar el crecimiento económico con participación ciudadana y sin dar al traste con la naturaleza, no fue generado por el movimiento ecologista de los años sesenta y

setenta, sino que fue originado en los ochenta dentro de un movimiento que ahora prefiere autodenominarse ambientalista quizás para así tomar distancia de aquellos irreverentes utopistas que dieron inicio a esta marejada social en favor de la naturaleza, y que aún sobreviven aunque muy menguadamente (Mora, 1994a). El concepto, pues, nació en el movimiento ambientalista que hoy conocemos,

el cual desde hace más de 10 años cuenta en sus filas con el Banco Mundial y otras entidades organizadoras de la economía y la política internacionales, entidades que entonces pesaron mucho para convertir el mentado concepto en la consigna de orden (Rodríguez, 1991), en la frase eje del movimiento. (Téngase en consideración que *desarrollo sostenible* tiene como antecedente suyo el concepto *desarrollo sostenido de recursos* (Romero, 1991), el cual era usado en los años cincuenta -década anterior al nacimiento del movimiento ecologista- por los profesionales dedicados a la explotación del bosque y de otros recursos naturales, o sea, por profesionales ajenos a las preocupaciones conservacionistas.) Este concepto de desarrollo sostenible, que no deja de suscitar suspicacia entre los ecologistas airados que quedan (véase, p.e.: Gudynas, 1995; Mora, 1993; Mora, 1994b), tiene, como todos los mitos, la virtud de la ambigüedad y, en parte por ello mismo, la virtud de la fuerza, de manera que conmueve y concita la adhesión incluso de quienes no se conmovieran ni adherirían al concepto preciso y frío, porque este concepto de desarrollo sostenible reúne elementos que ideológicamente están divorciados, elementos que pertenecen a enfoques ideológicos divergentes, con la potencialidad, entonces, de ahuyentar a unos y a otros.

Sí, efectivamente el concepto da cobijo, procurando conciliarlos, a metas y valores que en el pasado -y todavía hoy en enormes sectores sociales- se han identificado con progreso, valores y metas como crecimiento de la producción, crecimiento del consumo y democracia representativa; pero también a valores y metas pertenecientes al enfoque cultural que, desencantado y decepcionado de ese progreso, rechazó aquellos valores y metas dichos, considerándolos decadentes y

conducentes a la crisis ecológica y civilizatoria, y levantó contra ellos otros como los siguientes: detención del consumismo, freno a la industrialización, vuelta a la armonía con la naturaleza, vida sana, autogestión política y económica de las comunidades, etcétera. Éstos últimos son los valores y metas de los ecologistas, que aunque no son de progreso en el sentido normal del término, forzando las cosas podrían identificarse con una *sui generis* noción de progreso (o, mejor dicho, con una *sensación* de progreso), pasando a entender éste como una reorientación radical de nuestras sociedades, reorientación que iría a contrapelo de las ideas de progreso instauradas con la llamada modernidad en occidente allá por el siglo XVIII. Y es que el descrédito de la noción de progreso, descrédito que es distintivo de la posmodernidad que vivimos, no ha sido tan devastador como para que él deje de ser un reclamo, un llamado a todos los que se preocupan por el futuro y quieren ver soluciones, y son éstos los que se apegan al concepto de desarrollo sostenible. El descrédito del progreso no es total. Sólo los individuos francamente apocalípticos o absolutamente indiferentes quedan apáticos ante él.

El relanzamiento de la noción de progreso ha cobrado realidad en nuestras sociedades precisamente en la medida en que el concepto de desarrollo sostenible ha arraigado más allá de las élites intelectuales y de las que ejercen de hecho el poder, es decir, en la medida en que líderes gremiales y comunales, y activistas en favor del ambiente y de los derechos humanos, y también los jóvenes, han empezado a esgrimirlo en función de sus reivindicaciones. Y es que el concepto se presta para un uso bastante imaginativo de él, de modo que en algunas versiones el desarrollo sostenible parece revolucionador del actual orden político-económico y en otras parece

revitalizador del mismo, en unas parece respetar a los elementos de la naturaleza por sí mismos y en otras sólo querer conservarlos para utilizarlos.

El concepto de desarrollo sostenible, sintomáticamente, expresa los tres principios que según Daniel Bell (1976) rigen los tres órdenes básicos de la actual sociedad capitalista, y esto ayuda a explicar su popularidad y arraigo. Expresa el principio de igualdad que rige en el orden político, expresa el principio de eficiencia y productividad que rige en el orden tecnoeconómico y expresa -aunque con altibajos y reticencias- el principio de hedonismo que rige en el orden cultural. Con este último principio los ideólogos del concepto de desarrollo sostenible tienen algunas dificultades, porque la huella antihedonista del movimiento ecologista originario sigue presente entre los adeptos al desarrollo sostenible. El anticonsumismo de los ecologistas no casa con el hedonismo que orienta a nuestra cultura, y la pasión ecologista sigue siendo un aliento y un cemento valioso dentro del actual movimiento en favor del desarrollo sostenible. También, ciertamente, el ecologismo desdeñó la eficiencia y la productividad como obsesiones de la sociedad actual, y, en cuanto a igualdad, reivindicaba algo radical: la autogestión de las comunidades, que está más allá de la democracia formal representativa. Pero no es en estas disparidades donde el concepto de desarrollo sostenible se ve en aprietos para dejar satisfechos a unos y otros de sus adeptos, sino en el tema del hedonismo. Mas incluso en este tema, si bien hay chirridos, el conflicto no alcanza a estallar, y ésto debido a que en la cultura posmoderna impera la indiferencia: la coexistencia de valoraciones contradictorias es la norma. Sí, dentro de un mismo grupo sociocultural, e incluso en un mismo individuo, pueden observarse enfoques y prácticas

contrapuestas sin que cunda el asombro: puede protestarse por el uso de insumos químicos en la agricultura y suprimir de la dieta personal la carne por respeto al mundo animal, pero, simultáneamente, viajar a todo sitio sobre un motor de tres mil centímetros cúbicos y estar a favor de las centrales nucleares.

Y es que, curiosamente, el concepto de desarrollo sostenible obtiene su avasalladora fuerza en gran medida del hecho de apoyarse en valores y metas sociales propias de la sociedad industrial en expansión -los que supuestamente condujeron a la crisis ecológica y civilizatoria- y, a la vez, apoyarse en valores y metas ecologistas opuestos a aquellos otros, o sea, opuestos al tipo de evolución de la sociedad industrial. Es decir, el concepto de desarrollo sostenible logra unir lo que parecía irremediabilmente antagónico. Y ambos tipos de valores y metas los ha reunido, como ya se dijo, sin que se vislumbren graves desgarraduras, gracias a que, a tono con la cultura posmoderna que no alienta las ideologías ni las orientaciones duras o inflexibles, no se ha perdido tiempo en afinar ni quitarle laxitud al concepto ni, mucho menos, en intentar hacer una teoría del desarrollo sostenible, intento que acaso fracasaría por los cortocircuitos que sobrevendrían entre tantos elementos provenientes de ideologías contrapuestas (valores, concepciones, metas y normas de comportamiento). El tiempo y la energía se han invertido, más bien, en diseminar el concepto por toda la sociedad, en lograr acuerdos entre actores sociales de cara a la acción y no de cara a la especulación teórica y en implementar proyectos de trabajo orientados realistamente, con objetivos alcanzables en plazos prudentes, sin pretensiones utópicas in financiables. En esta época de generalizadas altas inversiones en comunicación de mensajes y levantamiento de imagen es difícil saber qué ha sido de mayor

envergadura, si el discurso de promoción del desarrollo sostenible o los ejercicios prácticos para el logro de éste. Pero lo que sí es evidente es que el concepto ya ha devenido **mito**, y bajo esta forma de expresión las contradicciones internas del mismo se vuelven más opacas e irrelevantes. El mito es una condensación (¡jojo que no una síntesis!) de los elementos que el concepto agrupa. Al mito le resulta más fácil movilizar gente debido a la deformación y opacidad que da al concepto en que se basa, y ahí reside su efectividad. El mito no es malo ni bueno, es inevitable y cumple una función social.

En efecto, actualmente decir desarrollo sostenible es nombrar un mito. Mito no en el burdo sentido de mentira, ni de explicación de los orígenes, sino en el que Roland Barthes (1980) le da a este término: el mito -dice él- es una forma de comunicación que deforma o empobrece el sentido original del concepto; el saber contenido en el concepto mítico es un saber confuso, formado de asociaciones débiles, ilimitadas. Desarrollo sostenible, aun siendo un concepto tan laxo como es, lo que denota indudablemente es crecimiento económico y mayor bienestar material sin deterioro de la base de recursos naturales en que se asienta la economía y sin menoscabo de los ciclos biológicos imprescindibles. Pero cuando decimos desarrollo sostenible, de hecho y sin estar totalmente concientes de ello, estamos diciendo mucho más que eso. Decir sólo eso resultaría muy frío e inefectivo en los vastos círculos de individuos que conocen el concepto a través de la prensa y la televisión; y, para colmo, también sería inefectivo en los cotarros académicos, porque el concepto carece aún de sustancia teórica apreciable, y si se le dotara de ésta habría cortocircuitos por las contradicciones internas que el mismo padece, y, entonces, sobrevendrían pugnas y deserciones. De lo que hablamos cuando

hablamos de desarrollo sostenible es en realidad de **progreso**, y aquí está el efecto y la realidad del mito. Cuando se le nombra no parece estarse nombrando una estrategia, entre otras posibles, para el crecimiento no predatorio del capital y del consumo sino nombrando el progreso mismo, nombrando la única vía moralmente legítima y técnicamente posible de evolución, el progreso hecho fórmula mágica, la panacea. Y esto resulta así sin que nadie lo haya planeado, por obra anónima. Desde que la frase 'desarrollo sostenible' ha alcanzado la categoría de mito su uso ha convertido en inexpugnables los discursos en los que la frase es eje.

La pérdida de fe en el progreso y en las grandes empresas sociales por la liberación del ser humano que se operó en este siglo entre grupos intelectuales y amplios sectores sociales, en parte llevó a volcar una nueva fe y pasión en el movimiento ecologista, el cual desde su nacimiento en los años sesenta vistió un halo de pureza y de desdén por el poder, por la producción económica y el dinero. Movimiento que en vez de apostar por el progreso apostó por la detención de éste considerándolo el responsable de la debacle ecológica y viendo que, de hecho, la posibilidad de un buen futuro, o de cualquier futuro, estaba en el retorno al pasado. Es decir, vio, como lo enseña la termodinámica, que el futuro es la muerte y ésta sólo podría evitarse retornando al pasado, no progresando, porque el progreso es hacia adelante. Sin embargo, esa pasión ecologista ha sido parcialmente capitalizada por el actual movimiento en pro del desarrollo sostenible, convirtiéndola en acción por el progreso a través del financiamiento de proyectos de trabajo en función del ambiente y gracias al opacamiento de las contradicciones e inconsistencias que el concepto de desarrollo sostenible alberga, opacamiento en el que juega su papel el mito.

El afán de la élite del poder, actualmente, por inyectar sentido y valor a instituciones y empresas que para enormes sectores de la sociedad ya no lo tienen, encuentra en la consigna de desarrollo sostenible un apoyo insustituible. Con el emprendimiento de esa gran empresa llamada desarrollo sostenible se empieza a hacer real la posibilidad de dar coherencia a la sociedad, de sacar de la indiferencia a jóvenes, intelectuales, empresarios y funcionarios. La chispa emotiva de esa gran empresa es tomada del movimiento ecologista y gracias a ella prende en la juventud, y la racionalidad e institucionalidad del proceso las ponen principalmente los funcionarios de organismos internacionales articulados con la academia, la cual, en verdad, va la zaga en esa misión. La academia no comanda y es más en su afán de ponerse al día, y principalmente de cara a los medios de comunicación, que se apresta a jugar un papel beligerante, aunque académicamente humilde. Porque la academia, hoy día, ya no pugna por ser fuente y sede del saber; más bien por lo que pugna es por no quedar rezagada, y el rezago estriba ahora en no estar en los medios de comunicación, en no hablar fácil de lo que apetece el público, o sea, los telespectadores. De hecho ya no hay maestros. El medio académico no suscita ya admiración sino, en el mejor de los casos, apenas un mínimo respeto. De él el público espera no más que lo que se espera de los medios de comunicación, y al dar menos que éstos cae en desprestigio y desatención por parte de la sociedad. No hay ya medio académico fuera de los medios de comunicación, pero dentro de éstos pierde sus características de medio académico y se banaliza. Academia y medios de comunicación tienden a confundirse, y los medios se tragan a la academia. Crecientemente reina en nuestras sociedades un abandono del saber; sólo se quiere el saber instrumental, por su utilidad comprobada, por su vocación de utilización

inmediata. Desaparece la antinomia verdadero-falso y la antinomia sabio-farsante.

El hecho de que en nuestra sociedad se apele cada vez más a modos de conocimiento -y de autoconocimiento y autocontrol- de base no científica sino intuitiva, mística o cuasi religiosa, y que incluso lo hagan los académicos aunque a hurtadillas de la academia, resta peso a ésta, la deja al margen de la búsqueda de conocimiento y de soluciones a la problemática de la sociedad contemporánea. Y son los medios de comunicación masiva quienes dan las respuestas a las preocupaciones sobre la sexualidad, sobre la salud y la integridad física, sobre el equilibrio psíquico e, incluso, sobre la relación entre la sociedad y la naturaleza. En tales ámbitos del conocimiento se desarrollan permanentemente débiles saberes fuera de las coordenadas de cientificidad, sistematicidad y rigurosidad de las que se jacta la academia y que supuestamente definen a ésta. Pero la academia no los refuta porque los académicos se están guiando ya por esos saberes o, por lo menos, carecen de convicción en el saber académico-científico y les falta solvencia en su manejo. Porque ya no hay maestros sino técnicos, expertos en parcelas, funcionarios especializados, a quienes, más allá de su estricto y reducido coto de cacería intelectual, las diferentes respuestas y opciones que ofrece la cultura mediática posmoderna a las inquietudes de la gente les parecen equivalentes en cuanto a validez a las que ofrece la academia, todas legítimas e intercambiables (Lipovetzky).

El concepto desarrollo sostenible ha irrumpido en un momento de extrema desubstancialización de los conceptos. Nadie se preocupa por la indefinición del concepto de desarrollo sostenible porque el momento presente es de conceptos, teorías y posiciones efímeras e intercambiables. Y el auditorio -de

telespectadores- es indiferente y de atención volátil, inquieta, dispersa, se mantiene haciendo *zapping*. En una era sin grandes objetivos ni empresas, el desarrollo sostenible como empresa se sostiene por la emoción del movimiento ecologista y por la necesidad social de mínima coherencia. Aunque debe reconocerse en su favor que lo que sí nos está ya legando esa empresa es el trazado de nuevas políticas estatales y leyes. Políticas y leyes que se dictan sobre la base de una conciencia y de una sensibilidad ambientalistas de parte de la ciudadanía que son principalmente fruto del movimiento ecologista, que lleva unos treinta años de marcha.

Desarrollo sostenible, pues, ha llegado a ser, además de un mito, un concepto a la carta: se pide de él lo que se quiere, se le entiende como se le desea, se le aplica según el gusto y según el monto y origen de los medios de pago. Unos proponen como base del desarrollo sostenible la descentralización política y económica, pero la corriente mayoritaria no. Ésta, si bien no apunta al fortalecimiento del Estado, sí asegura una orientación central de la economía y la producción de tecnologías, orientación marcada por el mercado, por un mercado mundial en el que la intervención del Banco Mundial, del Fondo Monetario y de las grandes potencias es decisiva. Pero no hay imposiciones rígidas, disciplinarias, lo que hay es la seducción del mercado, la persuasión de los grandes organismos financieros sin los que cualquier sistema económico cae en la cuneta.

Nuestro medio académico tiende a la esclerosis. Los académicos nos resistimos al cambio. Algunos quisieran restaurarle a las universidades el viejo papel, pretendido y nunca bien jugado, de conciencia crítica de la sociedad y de promotora de los procesos de cambio. Pero nuestro posible aporte tiene que ser en el marco que la sociedad contemporánea tiene delineado y del cual, para nuestros

efectos, se acaban de bosquejar los rasgos más importantes. No debemos pretender sentar el derecho de los universitarios de investigar y filosofar ineficientemente con los recursos de la sociedad, sino que debiéramos defender el derecho de los ciudadanos de exigirnos a los académicos rigor y lucidez; debiéramos, a fuerza de disciplina del pensamiento, de rigor científico y, cómo no, de reingeniería, convertirnos en efectivos y eficaces maestros y promocionarnos como tales, si es que quisiéramos serlo y la sociedad aún precisara de ellos; pero, mejor aún, debiéramos coadyuvar a que cada ciudadano se convierta en su propio maestro, sin aceptar charlatanadas televisivas ni tampoco más doctrinas. El lugar de la universidad hay que reconquistarlo y no pedirlo como herencia, y ya nunca podrá ser el mismo. El espacio social está ya mapeado de manera distinta, el drama es otro y los actores son diferentes. Pero la inercia, a veces, no nos deja verlo y nos impulsa a querer seguir siendo los mismos.

Lo que las universidades hagamos con respecto del desarrollo sostenible podrá ser mucho si llevamos a buen término la tarea de redefinir nuestra función en la sociedad contemporánea y logramos dotar de eficiencia nuestros procesos y de credibilidad nuestros productos, lo cual no quiere decir convertirnos en peleles del mercado, ni de los telespectadores, pero sí trabajar de frente a la sociedad en que vivimos y no sólo mirando hacia adentro y hacia nuestros intereses personales o gremiales.

Entre los deberes importantes y propios de los universitarios, aunque no el prioritario, está el de ir depurando y sistematizando el cúmulo existente de conceptos referentes al desarrollo sostenible, algunos desprendidos de la retórica política, otros producidos por especulaciones teóricas serias y unos más derivados de experiencias prácticas decisivas.

A partir de un reciente taller de sociólogos ambientalistas que trabajan en pos del desarrollo sostenible (Mora, 1995a), y a partir también de un más reciente seminario de trabajadores bananeros del Caribe costarricense gravemente afectados por el uso de pesticidas (Mora, 1995b), hemos arribado a una definición de desarrollo sostenible. Es una definición con sus particularidades, como todas las que existen; es una definición más, seguramente ni peor ni mejor que las otras; pero -como es a la carta- es una definición de nuestro gusto:

El desarrollo sostenible debiéramos entenderlo como aquel crecimiento económico de una comunidad, región o país, que se da sin destruir los ecosistemas en los cuales se basa, y sin destruir a los humanos en los que también se basa, sino más bien contribuyendo a que la existencia de ambos sea menos precaria, más armónica y de manera que no se desperdicien su riqueza y sus potencialidades, aunque éstas no sean convertibles a dinero ni cotizadas en el mercado. Es decir, el desarrollo sostenible debe entenderse como un crecimiento económico en el que la sociedad humana acrecienta su bienestar material y cultural, resguardando el equilibrio de los ecosistemas porque de lo contrario se acaban las fuentes de recursos naturales, y asegurando que el bienestar sea prioritariamente para los hombres y mujeres trabajadores porque, primero, es a partir del trabajo de éstos -y de los ecosistemas- que se logra el crecimiento económico, y, segundo, porque un bienestar que no es para todos debe rechazarse por inmoral. El desarrollo sostenible es un proceso que ha de estar guiado por todos los hombres y mujeres que constituyen la comunidad, porque ese desarrollo es de ellos, y debe basarse prioritariamente en los recursos naturales que están presentes en los

ecosistemas en los que la comunidad habita. Las tecnologías con que se exploten esos recursos deben ser adecuadas a las características de los ecosistemas locales, de manera que cuando los recursos se exploten los ecosistemas no se vean dañados innecesariamente. La explotación de los recursos debe ser una tarea de toda la comunidad, sin que haya privilegiados ni rechazados.

Referencias bibliográficas:

- Barthes, Roland. 1980. MITOLOGÍAS. Siglo XXI editores. México.
- Bell, Daniel. 1976. THE CULTURAL CONTRADICTIONS OF CAPITALISM, Basic Books. New York.
- Gudynas, Eduardo. 1995. ECOLOGÍA, DESARROLLO Y NEOLIBERALISMO. CEBEM, Bolivia.
- Lipovetzky, Gilles. 1986. LA ERA DEL VACÍO. Editorial Anagrama. Barcelona.
- Mora, Eduardo. 1993. "La Asociación Ambientalista Costarricense (AECO), en pos de un movimiento social ecologista y una sociedad alternativa", en AMBIEN-TICO, N° 10, setiembre 1993. Costa Rica. pp. 6-8.
- 1994a. CLAVES DEL DISCURSO AMBIENTALISTA. Editorial FUNA. Costa Rica.
- 1994b. "La Asociación Ambientalista Shurakma abocada a la protección ecológica y cultural de la cuenca del Río Segundo", en AMBIEN-TICO, N° 19, junio. C. R. pp. 18-19.
- 1995a. EL DURO OFICIO DEL SOCIÓLOGO AMBIENTALISTA. Editorial FUNA. Costa Rica.
- 1995b. "¿Qué son el ambiente y el desarrollo sostenible y qué tienen que ver con los bananeros?", en AMBIEN-TICO, N° 35, octubre 1995. Costa Rica. pp. 8-11.
- Rodríguez, Silvia. 1991. "El desarrollo sustentable como fórmula para resolver los problemas sociales y ambientales: una mirada crítica", en CS. AMBIENTALES, N° 8. EUNA. C. R. pp. 93-99.
- Romero, Rodia. 1991. "El desarrollo sostenible: un concepto polémico", en CS. AMBIENTALES, N° 8. EUNA. Costa Rica. pp. 72-82.